



XAVIER GASSIÓ

**LOS NIÑOS
DE FRANCO**

ASÍ FUE COMO VIVIMOS

PRÓLOGO DE JUAN ESLAVA GALÁN

LOS NIÑOS DE FRANCO

ASÍ FUE COMO VIVIMOS

© Editorial Planeta, S.A., 2013
© Texto y fotografías: Xavier Gassió
© Prólogo: Juan Eslava Galán

Creación diseño y realización: Lunwerg
Lunwerg es un sello editorial de la Editorial Planeta

ISBN: 978-84-9785-935-6
Depósito legal: B-32503-2012
Imprime: Cayfosa

Editorial Planeta, S.A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 BARCELONA
Paseo de Recoletos, 4 - 28001 MADRID

lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.facebook.com/lunwerg
<http://twitter.com/Lunwergfoto>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Texto y fotografías
XAVIER GASSIÓ SERRA

Prólogo
JUAN ESLAVA GALÁN

**LUNWERG**
LUNWERG

Sumario

09 **PRÓLOGO.** Juan Eslava Galán

13 **ASÍ FUE COMO VIVIMOS.** Xavier Gassió Serra

14 **APRENDIENDO, QUE ES GERUNDIO**

22 LA FOTO OFICIAL

24 LIBROS DE TEXTO Y SU CONTEXTO

32 EL PROBLEMA DE LAS MATEMÁTICAS

34 **AVE MARÍA PURÍSIMA**

42 EL CATECISMO DE FRANCO

46 LA PRIMERA COMUNIÓN

52 EL ÁLBUM MARIANO

54 **NENE, ¡ESTÁTE QUIETO!**

64 HOGARES MODERNOS

66 **UN TESORO EN EL CAJÓN**

72 LO TENGO REPE

75 BONITAS COMO POSTALES

76 **TARDES DE CINE**

84 LA SINTONÍA DEL NO-DO

86 FE DE CELULOIDE

88 **FIESTAS DE GUARDAR**

92 LA NOCHE MÁS MÁGICA

98 EL ESCRITOR LES DESEA FELICES FIESTAS

100 **CONTINUARÁ...**

104 *FLECHAS Y PELAYOS*

108 *EL CAPITÁN TRUENO*

112 *TEBEOS PARA NIÑAS*

116 *CÓMPRAME UN TBO*

120 **EL CAMBIO DE AGUAS**

126 EL TIBIDABO

132 UN FLECHA EN UN CAMPAMENTO

134 **EL REGALO DE LAS ONDAS**

144 78-45-33 R.P.M.

146 **LLEGA LA TELEVISIÓN**

154 MUEBLES CON PELIGRO

156 **JUGANDO ESPERO**

160 NIC: TRES LETRAS DE CINE

168 JUGUETES DE PAPEL

170 FOTOS, NIÑOS Y JUGUETES

172 **Y TIRO PORQUE ME TOCA**

181 DESPUÉS DE CADA COMIDA,

UNA PARTIDA ALARGA LA VIDA

182 **COLORÍN, COLORADO**

192 GUILLERMO EL REBELDE

194 250 ILUSTRACIONES

195 ENID BLYTON Y SUS AVENTURAS

196 **DE LA SARNA A LA VITAMINA**

200 ¡QUÉ BIEN HUELES!

206 ALCOHOL PARA LOS NIÑOS

208 **LOS NIÑOS CON LAS NIÑAS**

216 *HELGA, UN MILAGRO DE LA CENSURA*

218 **¡QUÉ MONA ESTÁ LA NIÑA!**

228 **DE AQUELLOS POLVOS VIENEN ESTOS LODOS**

240 PRIVILEGIOS DE BEBÉ

242 LA PESETA DESEADA

244 SOMOS LO QUE COMEMOS

247 **RESEÑA BIOGRÁFICA Y AGRADECIMIENTOS**



Prólogo

LOS NIÑOS DE FRANCO

Juan Eslava Galán

Hubo una vez una España de ricos y de pobres (como ahora o como siempre, pero incomparablemente más marcada por la reciente Guerra Civil). Mejor sería decir que hubo dos Españas, las machadianas, el haz y el envés de una misma realidad o la imagen viva de los gemelos que, como las crías del tiburón, se agreden y mutuamente se devoran en el vientre de la misma madre.

El que esto escribe, curiosamente, participó de las dos Españas, porque, a pesar de pertenecer a la clase acomodada, se crió en los arrabales del pueblo. Debo aclarar que mi padre era propietario de una almazara, entonces industria muy contaminante que forzosamente había que situar a las afueras de las poblaciones.

Ustedes disculpen si evoco mis propios recuerdos en estas páginas: es que soy un niño crecido bajo la égida de Franco, miembro de la infancia cuyas gracias y desgracias se describen en este libro.

Los niños de los vencidos, entre los que me crié, tenían el pan tasado (eran los años del racionamiento), apenas se escolarizaban y en cuanto cumplían siete u ocho años se empleaban como aprendices o recaderos, en largas jornadas, sin horario determinado. Algunos simultaneaban esos trabajos con la obligación cotidiana de salir cada día al campo a recoger un saco de hierba para alimentar a los conejos. Las únicas proteínas cárnicas que estas familias humildes consumían procedían de los conejos que criaban en un jaulón de malla de alambre. Mi madre, consciente de nuestra pertenencia a la clase superior, me abroncaba cada vez que descubría en mis manos el verdín

delator de haber ayudado a recolectar hierba a algún amigo de la vecindad: «Tú no tienes que hacer eso, nosotros, cuando queremos conejo, lo compramos en el mercado».

Los niños de los pobres se distinguían de los de la clase pudiente en que se pelaban al rape (para evitar los piojos, la tiña y otras enfermedades contagiosas). Añadamos, circunstancialmente, que el pelado al rape permitía observar, en el cuero cabelludo, las cicatrices de las pedradas. Las pedreas entre barrios o entre calles eran uno de los brutales entretenimientos de los niños de entonces a falta de mejores juguetes.

Sí, era una España áspera, con peleas de gallos más o menos clandestinas, con linchamientos de árbitros en partidos de tercera regional, con camiones de estraperlistas en la alta noche, con parejas de la guardia civil —capote y tricornio— patrullando el campo, con números de la policía armada —los grises—, vigilando las aglomeraciones urbanas, con porteras leyendo *El Caso* en cuchitriles junto al ascensor de rejilla, con humildes mudanzas que cabían en un motocarro. Una España desabrida en la que apenas se disimulaba la crueldad o la mala leche congénita, la marca más consistente, según Baroja, de la raza (también se celebraba una Fiesta de la Raza).

Los niños pobres vestían pantalones cortos parcheados con piezas de tonos distintos. En invierno y en verano calzaban las mismas alpargatas con suela de esparto. Los niños ricos calzábamos indestructibles zapatos Gorila, los de la pelotita verde. Franco, por su parte, calzaba unos zapatones que le regalaba por docenas el industrial zapatero Segarra, proveedor del «Glorioso Ejército Español».

Ya durante la guerra, calificados ideólogos del bando *nacional* habían diseñado una sociedad profiláctica y autista en la que la educación de la infancia y de la juventud quedaría en manos de la Iglesia y de un Frente de Juventudes abastecido ideológicamente por los textos de adoctrinamiento juvenil de las admiradas Italia fascista y Alemania nazi. En charlas de campamento, entre instrucción paramilitar y sermón del capellán castrense o páter, nos preparaban para ser «mitad monje, mitad soldado», la aspiración máxima y el providencial destino de todo español en nuestra condición de «reserva moral de Occidente». Iglesia y Estado a partir un piñón para preservar a los hombres del mañana del contagio demoliberal (o contubernio judeomasónico en expresión del propio Franco) que había acarreado el desastrado final de la República, periodo más calamitoso y nefasto de nuestra historia. Amén.

El gobierno había quedado en manos de los militares, que administraban España como se administra un cuartel (pacificado después de fusilar a los renuentes). La educación, por el contrario, quedó en manos de la Iglesia. La Iglesia se había propuesto, en el concilio Vaticano I, a mediados del siglo XIX, la recuperación de una clientela disputada por la corriente secularizadora y liberal que triunfaba en Europa. Para ello se planteó influir especialmente en la escuela. Por doquier surgieron nuevas órdenes religiosas (escolapios, maristas, etcétera) dedicadas a la enseñanza, y más concretamente a la enseñanza de los hijos de la burguesía y de las clases altas que algún día regirían la sociedad. Después de la guerra, la Iglesia española, secundada eficazmente por el Nuevo Estado, se planteó el desmantelamiento de la competencia laica. Los informes de los párrocos repuestos al frente de sus rebaños y feligresías contribuyeron al atroz desmoronamiento (como se ha denominado) del sistema educativo republicano que propugnaba el laicismo. Una generación de maestros liberales, los maestros de la República, fueron represaliados y dieron con sus huesos en la cárcel o tuvieron que malvivir desempeñando oficios eventuales. Incluso cuando pagaron su deuda con la sociedad (así se decía) se les prohibió ejercer la enseñanza. Apartemos esas manzanas podridas de la juventud. Sus puestos los habían ocupado individuos afectos al Régimen, antiguos falangistas o neofalangistas que hicieron la guerra en el bando vencedor y como premio se veían promocionados a la categoría de maestro en «exámenes patrióticos». Algunos eran prácticamente analfabetos, pero eso no importaba demasiado. En su ayuda acudía la inefable *Enciclopedia Álvarez*, el compendio de lo que el alumno debía saber unido a las cuatro reglas y a la tabla de multiplicar. Si el alumno era tesonero, aprendía

aquello de memoria con escasa participación del maestro. Si no lo era, engrosaba la famélica legión de los obreros sin cualificar y la crecida, aunque convenientemente maquillada, nómina de los analfabetos que en algunas provincias abarcaba más de la mitad de la población. Aquellos años de miedo y sabañones se remediaron un poco cuando Franco se sometió a los norteamericanos y les cedió consistentes trozos de soberanía nacional (las bases) a cambio de la chatarra bélica sobrante de la guerra de Corea, de algunos auxilios de leche en polvo marca Carnation, de mantequilla y queso cheddar y, sobre todo, del oxígeno del reconocimiento del Gran Hermano a la dictadura que él, el Caudillo, encarnaba.

Los niños ricos teníamos de qué comer, aunque sin excesos, y aunque heredábamos la ropa y los zapatos del hermano mayor, vestíamos con decencia, en especial los domingos, cuando asistíamos, tan formalitos, a misa mayor. Los niños ricos íbamos a colegios de pago, de curas o de monjas. En muchos colegios, especialmente en los de monjas, las niñas de pago usaban la entrada principal mientras que las niñas pobres (el cupo impuesto por la caridad cristiana) entraban por la de servicio. También usaban guardapolvos distintos e incluso pupitres diferentes, las pobres al final del aula, para que la distinción fuese más palmaria. La jornada escolar comenzaba, con los alumnos formados en el patio, ante la bandera, con el canto del *Cara al sol*, brazo en alto, saludando a la romana. Las aulas estaban presididas por un crucifijo flanqueado por los retratos de Franco y de José Antonio (el mártir fundador de Falange). También la principal avenida de cada ciudad y pueblo se llamaba «del Generalísimo Franco», y la plaza principal era «de José Antonio». A media tarde rezábamos el rosario. Una vez al año, durante una semana, interrumpíamos las clases para los ejercicios espirituales, que concluían con solemne comunión general. La víspera formábamos filas ante los confesonarios de la capilla del colegio para confesarle al cura, con adecuada expresión contrita, nuestro principal y casi único pecado, la transgresión del sexto mandamiento, los actos impuros cuya frecuentación, como es sabido, reblandecía la médula espinal y menguaba el cerebro, amén de exponer al pecador a enfermedades vergonzosas y a concebir hijos tontos. Y al infierno.

Los niños de Franco, los que crecimos en la prolongada posguerra, nunca aparecemos en el recuento de las bajas de la Guerra Civil, pero poseemos sobrados títulos para figurar entre sus mártires. La represión de la que fuimos víctimas incluye por igual a los hijos de los vencidos y a los de los vencedores. Con distintos matices, naturalmente, porque no es igual

criarse en la inclusa de Auxilio Social, hijo de un rojo fusilado o preso, la hez de la sociedad, que crecer al cuidado de los preceptores del colegio del Pilar, pongo por caso.

La Iglesia, que apoyó al bando rebelde durante la guerra (una actitud natural, puesto que el otro bando perseguía al clero e incendiaba sus templos), se alineó con los vencedores y recibió como botín el cuidado de la moral pública y de la enseñanza. Iglesia y Estado unieron fuerzas para modelarnos como buenos españoles, leales súbditos de la Nueva España, la que aspiraba a reverdecer los laureles del imperio (aunque la triste realidad era que el único verdor lo aportaba el piojo verde).

Este contubernio Estado-Iglesia que comúnmente llamamos nacionalcatolicismo se prolongó durante casi tres decenios, entre 1936 y 1965, hasta que comenzó a surgir en el seno de la propia Iglesia un movimiento de contestación al Régimen cuya caducidad se adivinaba en la decrepitud del dictador. El Régimen había devuelto a la mujer al hogar, a la visita al Santísimo con velo, rosario y misal y a la falda por debajo de la rodilla (la moda la dictaban los obispos en sus pastorales). La mujer, catequizada por la Sección Femenina, era el ángel del hogar que debía administrar la escasez, tener la casa limpia como los chorros del oro y educar cristianamente a los hijos. Los obispos habían decidido que las madres y la escuela inculcaran la doctrina católica a la infancia cuando todavía era cera blanda, antes que el desarrollo de la inteligencia les permitiera cuestionar los mitos absurdos del dogma.

En ese ambiente sórdido, los españoles buscaron una vía de escape en la fantasía. Los mayores se refugiaban en el cine, que les permitía evadirse a vidas vicarias y soñar con el lujo de hogares americanos de *fridge* y *haiga* en la puerta. Las mujeres pasaban la tarde prendidas en las historias sentimentales de las radionovelas que las ayudaban a sobrellevar la sordidez de sus vidas. Los niños nos evadíamos en los tebeos de guerreros y aventuras, casi siempre alquilados más que comprados. Las niñas ejercitaban su femineidad en tebeos de príncipes y princesas que indefectiblemente terminaban en boda; las algo más mayorcitas, en historias de guapos ejecutivos con deportivo a la puerta y yates de ensueño.

En los años sesenta, los niños de Franco se liberaron parcialmente de la losa ideológica que hasta entonces pesaba sobre ellos. Tal liberación no fue producto de rebeldía alguna,

sino que les vino dada por casualidad. El Régimen, ahogado económicamente por el fracaso de la autarquía y necesitado de divisas, tuvo que abrir las puertas a la estacional invasión de un turismo europeo y la salida masiva de trabajadores al extranjero. El aire fresco, procedente de Europa y del mundo libre, renovó la cargada atmósfera de sentina de la España cerrada. Ya nada pudo ser como antes. Gobernantes y curas no pudieron contener el desbordamiento social que acarrearaban las nuevas costumbres. La dictadura tuvo que volverse más permisiva. La Iglesia, que antes había llegado a secuestrar a niños protestantes para educarlos en la «verdadera fe», transigió (especialmente desde el *aggiornamento* que el concilio Vaticano II recomendaba).

En los colegios de pago desaparecieron los uniformes que distinguían a los pobres de los ricos, el Frente de Juventudes perdió su carácter fascista y militar y dio paso a una OJE que encuadraba también a los hijos de los vencidos bajo el signo del deporte.

El desarrollismo y las migraciones interiores posibilitaron la emergencia de una potente clase media de pisito y utilitario seiscientos que el dictador de El Pardo no tuvo inconveniente en considerar su obra personal, mérito de los años de Paz y prosperidad que había traído a los españoles. El viejo dictador era ya la viva imagen de su dictadura: un abueleto ensimismado que pasaba las horas viendo la tele y bebiendo Fanta naranja. Ni lejana sombra del que firmaba resmas de sentencias de muerte a la hora del café.

Así fue como los niños de Franco, liberados de sus destinos como reserva moral de Occidente, pudieron incorporarse al mundo occidental.

Desde entonces ha transcurrido casi medio siglo. Los que fuimos niños vamos camino de la ancianidad, esa etapa en la que los recuerdos de los primeros años regresan con la vivencia, pero también con la agridulce mentira que entraña la añoranza del vigor de la juventud. Casi medio siglo es un tiempo más que suficiente para abordar un análisis reposado y certero del tiempo que fue. Es lo que en estas páginas hace Xavier Gassió, en el que concurren el recuerdo de su propia infancia y el escrupuloso examen, no solo de las fuentes escritas, sino, incluso más meritoriamente, de las fuentes materiales con las que este libro está soberbiamente ilustrado.

Introducción

ASÍ FUE COMO VIVIMOS

Xavier Gassió Serra

Para aquellos que nacimos, crecimos y, en lugar de multiplicarnos, nos dividimos por la fuerza de la represión arropada en una ideología retrógrada, en este libro se recuperan imágenes, objetos y situaciones que marcaron la infancia de los que fuimos niños durante el franquismo: juguetes, publicidad, libros, canciones, monedas, películas y fotografías de un álbum familiar colectivo.

Ya hace siglos que Jorge Manrique nos advirtió que «cualquier tiempo pasado fue mejor». En nuestro caso debemos matizar que no es cierto: al menos para la mayoría no lo fue. Lo que sí reconocemos es que en cualquier tiempo pasado éramos más jóvenes y eso, generalmente, se agradece. Por eso recordamos personas, hechos y cosas con esa extraña mezcla de placer y de dolor que define la nostalgia. Muchas han des-

aparecido, incluso las que aún están presentes han cambiado o nosotros hemos cambiado y las interpretamos de diferente modo. Esta sensación de imposible recuperación es la que nos empuja a buscar sucedáneos y recuperar objetos, imágenes y lecturas que nos ayuden a revivir las situaciones y emociones que construyen el pasado. Un poeta chileno dijo que daba por vivido todo lo soñado. En realidad, la tela invisible que separa la realidad y la ficción en el pasado es tan endeble que a veces ambas se mezclan entre sí moldeando recuerdos propios con otras vivencias de alguien cercano que asimilamos como si fueran nuestras. Nace una memoria colectiva porque se funden los recuerdos particulares en momentos universales en los que muchos se reconocen. Se convierten en algo propio y personal. Y lo son.

APRENDIENDO, QUE ES GERUNDIO



Llevar a la escuela la Montblanc que te habían regalado por la primera comunión era muy arriesgado. Siempre había un gracioso que despuntaba el plumín contra la madera del pupitre. O al menos esa era la excusa que dabas en casa.

«Tenedlo en cuenta, maestros. Esos niños cuya educación se os encomienda han de ser guiados por la senda de la verdad y del bien: ese es el mandato de Dios, ese es el mandato del frente de las trincheras, de la sangre vertida y de las vidas inmoladas.» Con estas consignas definía Franco el camino de la educación en la España de la posguerra.

La Ley de Primera Enseñanza de 1945 sentó las bases de una asociación de conveniencia entre la Iglesia y el Estado en la delicada materia de formar almas para Dios y cuerpos para la patria. «La escuela estará al servicio de la religión y de la Patria», decía, para que no cupieran dudas, el ministro de Educación Nacional, autor de la Ley.

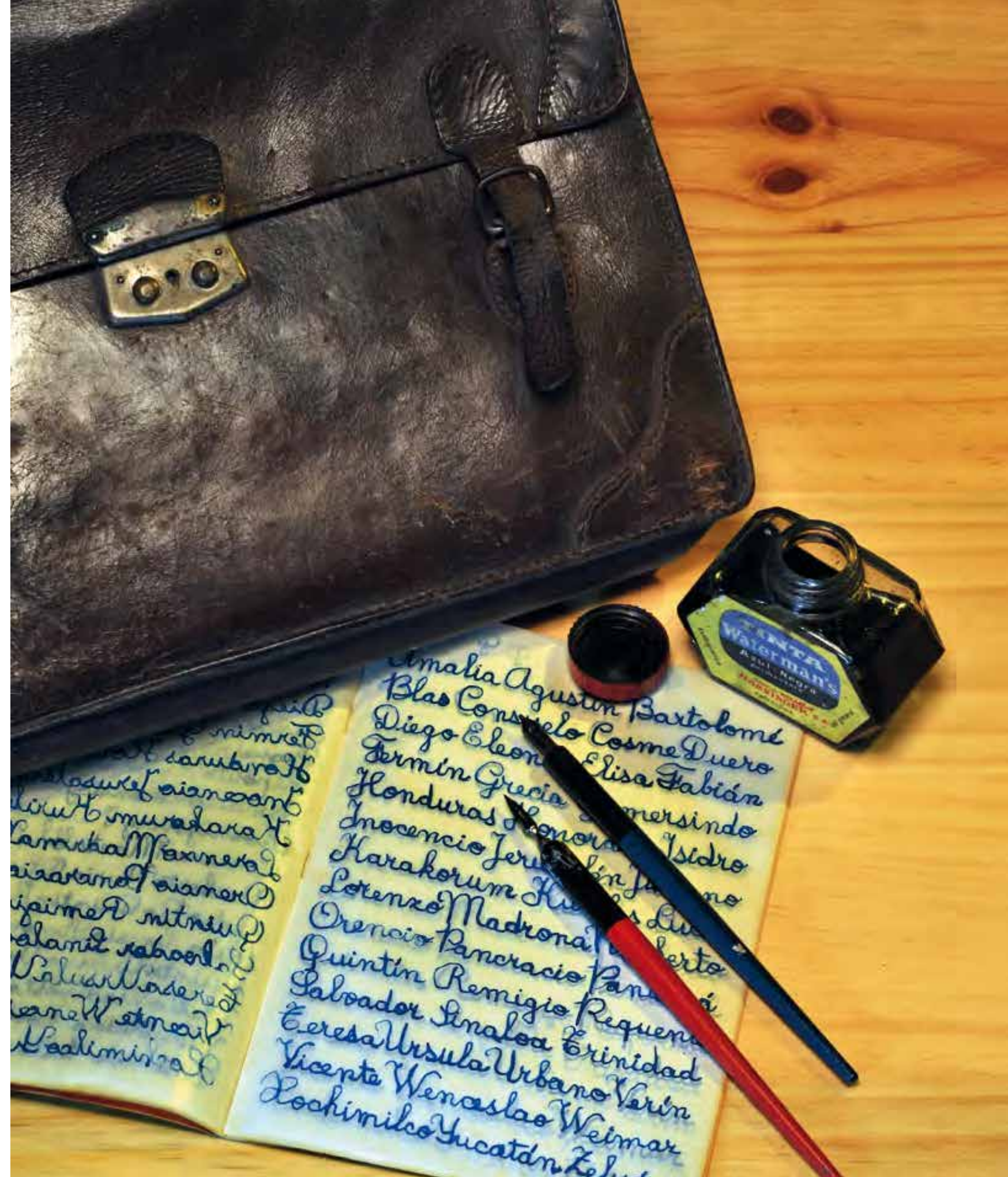
El Estado consagraba la religión católica como la propia y la única legítima, y delegaba en la Iglesia parte de las competencias en educación. A su vez, la Iglesia se comprometía en el apoyo incondicional al franquismo y a integrar el ideario político del Régimen en las enseñanzas religiosas.

Este fue durante décadas el entorno educativo que, con pocos cambios, formó a los niños españoles para convertirlos en niños de Franco.

Nadie discute la importancia de la etapa escolar en la formación de un niño y su influencia cuando se hace adulto. Es cierto que la aportación familiar tiene un peso importante, pero como durante un largo periodo no se permitió debatir, ni rechazar, ni siquiera opinar abiertamente, el sistema educativo oficial, la escuela, pudo moldear a fuego lento el carácter y la manera de pensar de los niños.

Las ciencias quedaban exentas de contaminación política, pero las asignaturas de humanidades contenían toda la carga ideológica del Régimen y distorsionaban e interpretaban la realidad a su conveniencia, creando un mundo ficticio que se ajustara al ideario franquista. Todos los profesores republicanos supervivientes fueron severamente purgados, por lo que los maestros de la nueva España, muchos con titulación sospechosa y olor a méritos de trinchera, explicaban convencidos los nuevos mitos nacionales. Los niños solo podían escuchar y aprender de memoria.

La historia solo se explicaba desde la perspectiva de los vencedores de la Guerra Civil. Por ello, no solo quedaban huecos, sino que la realidad se distorsionaba sin escrúpulos para que casara con la ideología del Régimen.





Todo aquello que no coincidiera con los manifiestos franquistas pasaba una censura estricta y se reescribía, como en la novela de George Orwell *1984*. *Magia potagia*, los niños aprenderían solo lo que necesitaban para seguir fielmente al Caudillo y, si se portaban bien y demostraban ser afectos al Régimen, más adelante conseguirían el correspondiente título que les acreditaría como profesionales sin antecedentes.

La redacción y la edición de los libros de texto oficiales estaban en manos de profesores —o similares— cuya probada adhesión al Movimiento les permitía la sacrosanta misión de educar a los niños de Franco para ser buenos españoles.

Hoy, la lectura de algunos de aquellos textos provoca sonrojo, primero, y espanto, después.

Habiendo sido educada con aquellos principios y en aquella moral estricta pero artificial y profundamente antidemocrática, no son de extrañar algunas actitudes de la sociedad actual. Por mucha evolución cultural y por mucho debate interno posterior, lo que se aprende en la infancia queda grabado y aguarda alevosamente en algún rincón del cerebro para distorsionar de manera inoportuna la vida en el estadio adulto. ¡Y no digamos en el senil!

Claro que no todo lo aprendido era malo; vistos los posteriores sistemas educativos, se añoran ciertas disciplinas desaparecidas por no se sabe bien qué motivos. Pero Franco tenía claro que sus niños, los niños de la nueva España, tenían que ser su reflejo y era imperativo inculcarles un amor ilimitado al padre, es decir, a él. Y así nos fue.

En una sociedad tan poco habituada al diálogo, no llama la atención que la disciplina escolar contemplara el castigo como la mejor solución para enderezar conductas inapropiadas. El castigo físico no suponía ningún problema para la mayoría de los maestros, que mitigaban con estas demostraciones de poder sus frustraciones personales.

Poner de cara a la pared, de rodillas con los brazos en cruz e incluso con varios libros en cada mano era una práctica muy habitual y a nadie le parecía fuera de lugar, ni siquiera cuando lo explicábamos en casa; después de todo, nuestros padres habían tenido una educación parecida, aunque la que se aplicó después de la guerra y durante muchos años resultó mucho más retrógrada que la de la República. Algunos maestros tenían sus propios e ingeniosos métodos para infligir castigos: los que ya habían superado el palmetazo con la regla de madera encontraron en los nuevos materiales unos aliados perfectos para dis-

ciplinar al alumno insurrecto, como un latigazo aplicado con un nervio de plástico semirrígido o de nailon que laceraba dolorosamente la piel con un mínimo esfuerzo por parte del docente. Los menos sádicos se limitaban a darte una colleja, un capón con los nudillos, a tirarte de las orejas o a retorcerte la nariz, pues tenían la ventaja de no dejar señales. Los más civilizados castigaban con la copia de cien o mil veces una determinada frase que definía el oprobio del alumno, o, si la afrenta había sido colectiva, con la supresión del recreo o un dictado realizado a partir de la hora de salida de clase.

Los compañeros de colegio se dividían en amigos y enemigos, con pocos términos medios. Los amigos lo eran a muerte; los enemigos, también. A veces la enemistad no se sabía bien cómo había comenzado, quizás había sido heredada de algún amigo y no se había cuestionado, pero raramente se trocaba en amistad. La lealtad era un valor en alza y todas las consignas oficiales recibidas obligaban a ser fieles, incluso a pesar de ser conscientes del error de nuestro fraternal aliado.

En todos los colegios del mundo ha habido chivatos, soplones y pelotas. Lo malo de este periodo es que serlo estaba bien visto por la autoridad competente, que alentaba este tipo de actuación garantizando la inmunidad del delator. El miedo generalizado en la sociedad también nos impregnaba y paralizaba las acciones de castigo a los compañeros traidores. La hipocresía se aprendía a palos, porque cualquier rebeldía era inaceptable.

La salida del colegio era un momento importante en la jornada escolar. No solo suponía el fin de unas horas de aburrimiento y concentración en temas que difícilmente nos podían interesar tal como estaban explicados, iera el inicio de un recorrido plagado de potenciales actividades emocionantes! Había cierta tolerancia en el horario de regreso a casa, y como jugar en la calle era lo habitual, los padres no se inquietaban demasiado mientras se llegara a la hora de la cena. Lo primero que había que resolver eran las peleas anunciadas por agravios cometidos durante las horas de clase. A veces eran a pedrada limpia y la sangre hacía acto de presencia para revalidar la venganza por la afrenta recibida. Generalmente se aplicaban rudimentos de lucha libre, y el que conseguía mantener inmobilizado al contrincante durante unos segundos era proclamado vencedor. Siempre había un descampado cerca para practicar la lucha: la especulación inmobiliaria aún no lo había saturado todo.

En ocasiones, las niñas hacían acto de presencia y se convertían en espectadoras ante quienes los niños se mostraban luciendo sus habilidades, ya fueran deportivas o de fuerza bruta. Los bisbiseos entre ellas y los cruces de miradas furtivas provocaban desazón y las actitudes varoniles inculcadas se exageraban hasta el ridículo, que era la sensación que se imponía cuando las niñas se retiraban sofocando risas y lanzando miradas retadoras.



El cuaderno de notas era un enemigo natural de los niños. Con excepción de aquellos repipis que presentaban con orgullo y modestia sus «excelentes» a un padre salido de las páginas de *Corazón*, la mayoría tenía que dar enojosas explicaciones a la familia por el bajo nivel de sus notas.



El castigo corporal estaba muy extendido en los colegios religiosos. El perdón se presentaba como un premio, y la sumisión, como una virtud. Del dolor al éxtasis no hay más que un paso.



La estética de las canicas de vidrio nos fascinaba. A veces mirábamos a través de ellas para poner color a un paisaje gris.

También surgían los primeros flechazos amorosos, pero el desconocimiento del proceso de aproximación, y más aún del de contacto, solía convertir la relación en virtual. Además de virtuosa. Solo algunos más lanzados conseguían su objetivo, que raramente excedía al de conseguir un beso; y eso, para la mayoría, era una proeza digna del Tenorio, el pesado que cada 1 de noviembre aparecía en todos los teatros de aficionados y, con el tiempo, en representaciones realizadas para la pequeña pantalla.

Al salir de clase, ya nada prohibía que niños y niñas se mezclaran y compartieran el camino de regreso a sus respectivas casas. No era habitual que compartieran otras cosas.

Durante el trayecto a casa podías mantener una intensa conversación con algún amigo sobre los hechos de la jornada, especular acerca de los numerosos misterios de la vida o, simplemente, entrar en una competición de gua en la que nos jugábamos nuestras más preciadas canicas poniendo nuestro empeño en la puntería para llegar al hueco practicado en la tierra —el gua— tras pasar por las pruebas de «mano» y «pie».

Llegábamos a casa con las rodillas y las manos sucias para afrontar el amargo momento de hacer los deberes. Los padres de entonces procuraban no entrometerse en esta sagrada obligación y nos dejaban aislados en la habitación, el salón o la cocina, dependiendo de las tendencias o limitaciones del piso, para que resolviéramos el problema por nuestra cuenta.

Las excusas presentadas por no haber hecho los deberes eran de antología. La más corriente en una época fue la de haber sido víctimas de un corte de suministro eléctrico —por otra parte, algo tan habitual que resultaba bastante creíble—. Los niños más creativos dejaban caer unas gotas de cera en el cuaderno para dar mayor verosimilitud a la historia.

Uno de los trucos más utilizados para sacar mayor provecho al tiempo de estudio y deberes consistía en esconder un tebeo bajo las carpetas y libretas. Con ello se lograba una sana combinación entre aprender qué se producía en las Vascongadas y conocer las últimas peripecias del capitán Trueno.

«LOS ANGELITOS HACEN PIS»

Una de las innumerables cursiladas que los adultos podían soltar a los más pequeños cuando preguntaban las causas de algún fenómeno, como la lluvia, era «los angelitos hacen pis». Este era un país que gustaba de usar frases hechas, dichos y refranes popula-

res, no siempre con propiedad. La cursilería era otra de las virtudes que emanaban del Caudillo, por lo que nadie se sentía incómodo ante ellas, especialmente si iban dirigidas a los niños cuya inocencia se pretendía preservar a base de tontería.

Cuando llovía, ir al colegio se convertía en una aventura llena de posibilidades. El cambio de vestuario permitía hacer volar la imaginación y convertir el chubasquero y las botas de goma en el uniforme de batalla de un cruzado o de un soldado.

El olor del serrín mojado sobre la tarima de madera se mezclaba con el penetrante olor a goma de las botas de agua, y en el ambiente flotaban aromas de tierra mojada y de plantas y flores de jardín. El olfato es un sentido muy poderoso y la evocación de imágenes y situaciones a partir de la recuperación de una determinada combinación de olores puede producir verdaderos impactos emocionales, así que no es extraño revivir nítidamente una escena de la infancia solo porque el olfato ha captado un olor olvidado.

Los árboles de las ciudades suministraban minutos de placer físico al entrar en los alcorques de la acera donde estaban plantados con las botas de agua y chapotear sintiendo escalofríos. Había que tantear primero la profundidad, porque en alguna ocasión el agua sobrepasaba el borde de la bota y entraba empapando el calcetín. Era un medio infalible para pillar un resfriado y quedarse en casa unos días.

Lo único malo era que el calor de la estufa en la clase evaporaba la humedad y revelaba olores corporales poco agradables, ya que la higiene de los niños —como la de muchos adultos— estaba limitada, con raras excepciones, a un baño dominical. Así que era preferible que lloviera en lunes.

Una de las ventajas de la lluvia era la supresión de la clase de gimnasia. Cuando solo se practicaba la gimnasia sueca y todo consistía en retorcer el cuerpo en determinadas posiciones al toque de pito con una falta de sincronía que enervaba al profesor, la cosa no era grave; ipero a veces tocaban los «aparatos», con nombres tan inquietantes como «potro» o «plinton»! Aquí los niños nos jugábamos los genitales porque no había aparatos proporcionales al tamaño y estatura, y acordes a la edad. Aquellas bestias de madera parecían tan grandes como un caballo, y nuestro papel como *siaux* saltando sobre ellos desde la grupa no siempre acababa bien. El cemento rasposo del suelo del patio aguardaba malévolamente para producirnos dolorosos arañazos al caer. Ahora que, si se superaba la prueba, uno se sentía como Joaquín Blume.

En los colegios religiosos estaba de moda el *jockey*, con o sin patines; por lo visto, era uno de los escasos deportes en los que teníamos posibilidades olímpicas. Las rodilleras, los palos —*sticks*, decían los muy pijos— y los protectores eran un atuendo que nos parecía muy adecuado para ligar, pero lo que aportaba el uniforme lo restaba con creces la represión de los curas o «hermanos»; tenías que tratarlos de hermanos, no como hermanos.

La revisión médica, si existía, se limitaba a una somera auscultación y a la constatación superficial de que todos los miembros del cuerpo estaban más o menos en su sitio y con el tamaño adecuado. De vez en cuando, algún niño sufría un desmayo que se achacaba a una carencia alimenticia o a una debilidad espiritual, por lo que se le daba escasa importancia.

Algunos niños privilegiados, fuera por el poder económico de su familia o por su nacionalidad, iban a colegios extranjeros: el Liceo francés, la Escuela italiana... eran pequeños oasis de libertad donde no alcanzaba del todo la férrea y trasnochada educación oficial española. Además de expresarse en otro idioma, algo inaudito en aquellas épocas, aprendían temas que nos resultaban ajenos: Pero, sobre todo, lo que más nos admiraba era que fueran mixtos.



En las clases de gimnasia se realizaban ejercicios que no siempre eran saludables. Los deportes, excepto el fútbol, no tenían mucha proyección y lo más barato era la gimnasia sueca, a la que algunos profesores se aplicaban con energía pero con total desconocimiento de causa. Para los niños, Joaquín Blume era un ejemplo de perfección haciendo el «cristo» en las anillas. Las anillas también eran económicas.



Para el resto de españolitos reprimidos, resultaba inconcebible estudiar sentado al lado de una niña y no quedarse bloqueado sin remedio. Nos parecía imposible concentrarse en otra cosa que no fuera la presencia de las niñas alrededor. Cuando uno de los privilegiados se ponía al alcance de nuestras preguntas, se sorprendía, aunque halagado, de nuestra ignorancia del sexo opuesto y de nuestras ridículas aprensiones. Como se ha podido comprobar con el paso de los años, ni unos ni otros aprendimos gran cosa del otro sexo y hemos cometido los mismos errores, posiblemente genéticos, ya que no inculcados en el colegio.

LA PARAFERNALIA ESCOLAR

Los libros de texto no eran el único gasto familiar; también el capítulo de materiales escolares era considerable: además del uniforme estaban los lápices, el compás, las libretas y muchos tentadores objetos cuya necesidad cuestionaban nuestros padres a pesar de los convincentes argumentos con los que defendíamos su adquisición. ¿Cómo íbamos a renunciar sin lucha a conseguir un capuchón para el lápiz con la cabeza de Carpana?

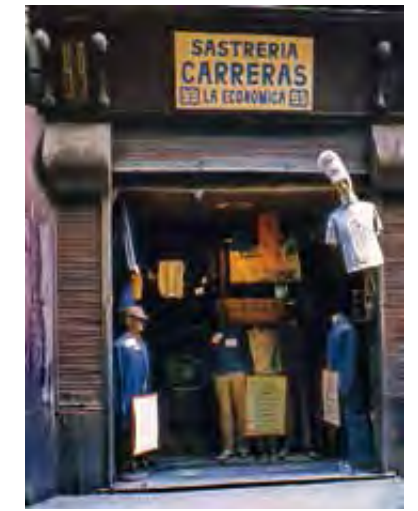
El uniforme y las batas a rayas que tanto se prodigaron durante décadas llevaban el nombre bordado en el bolsillo para que no hubiera confusiones y evitar los cambiazos. En algunos colegios de monjas, las niñas llevaban uniformes diferentes según fueran de pago o pertenecieran a la casta inenarrable de «las gratuitas». Además de llevar un uniforme delator de su condición social, estas últimas tenían que recoger las mesas y fregar los platos; porque una cosa era la fraternidad y otra la igualdad, que luego se pedía la libertad y no estábamos en Francia.

Había dos tipos de contenedor para guardar los adminículos escolares: el plumier de madera y el estuche con cremallera. Los plumieres podían tener uno o dos pisos y se abrían mediante una tapa deslizante que descubría dos compartimentos, separados por un fino listón para clasificar adecuadamente lápices y bolígrafos. En los más completos, la bandeja superior del plumier giraba sobre un eje para tener acceso a otra bandeja más protegida donde se guardaba la pluma o los palilleros, con otros pequeños compartimentos para las plumillas, gomas de borrar, sacapuntas y máquinas para afilar los lápices.

El estuche era de piel y, al abrirlo con una cremallera lateral, dejaba al descubierto una hilera central de gomitas que sujetaba en perfecta exposición los lápices de colores, el compás, los bolígrafos y la pluma regalada por la primera comunión. Había que controlar los bolígrafos, porque incluso los «BIC naranja escribe fino, BIC cristal escribe normal» podían decidir soltar su tinta, hartos de tanta manipulación por nuestra parte al utilizar el tubo como cerbatana para disparar granos de arroz a nuestros queridos empollones.

Afilar los lápices sin que se partiera la mina era un arte que convenía practicar, porque los colores Alpine o los lápices Cedro, y no digamos los Caran D'Ache, no eran baratos y con varias roturas de mina se consumían rápidamente, lo que provocaba las iras paternas al llegar la factura del colegio con una abultada cifra en el apartado de complementos. Como las libretas con el logotipo del colegio siempre

La compra de los enseres necesarios, y aún más de los superfluos, era un momento emocionante para los niños. La típica bata a rayas se adquiría en inquietantes establecimientos especializados en ropa profesional llenos de siniestros maniqués vestidos de cocinero o de lampista. En las papelerías se establecía una pugna para conseguir el plumier, el BIC y el compás más de moda, mientras la sufrida madre hacía cálculos mentales para cuadrar el presupuesto.



eran más caras que una libreta de marca blanca, también suscitaban comentarios sarcásticos en casa. A veces hasta se aprendían expresiones poco recomendables, que luego utilizábamos inoportunamente para mayor placer intelectual.

La cartera solía ser de piel y duraba muchos años. Envejecía a costa de golpes y rozaduras y, cuando alguna correa se rompía, había que llevarla a remendar al zapatero. Debíamos tener mucho cuidado de no olvidar la cartera cuando la dejábamos apoyada en la pared para echar unas partidas al gua camino a casa o vigilar para que no la robaran, pues cuando hay hambre cualquier cosa sirve para entretenerla y las carteras solían contener suculentos bocadillos preparados por las pacientes madres, que vigilaban gramo a gramo el crecimiento de sus retoños.



LA FOTO OFICIAL



Peinados y con la cara reluciente, niños y niñas han posado para la foto oficial de su escuela. Suele ser un retrato clásico que, con pocas variantes, encuadra al alumno, provisto de un libro o de una libreta y lápiz, sobre un mapa de fondo. Esta imagen, reproducida cientos de miles de veces en colegios de todo el país durante décadas, ha generado un volumen ingente de documentos nacionales de identidad infantiles que reflejan, dentro de la uniformidad, las sutiles diferencias que identifican a los individuos. Como todos miran a la cámara, nos sentimos observados por miradas lejanas en el espacio y en el tiempo que nos convierten en testigos de la existencia del fotografiado y nos hacen cómplices involuntarios de sus anhelos de un futuro que ya es pasado.

Las fotos de grupo evocan a los compañeros que el paso del tiempo ha ido diezmando. De la mayoría nada se sabe, quizás alguno ha alcanzado la fama, y nos cuesta reconocer en aquel niño gordito y tímido que quedaba excluido de los juegos en el patio al ministro sospechoso de corruptelas varias que aparece en la prensa diciendo que no piensa dimitir.

Figurar en el cuadro de honor tenía ventajas e inconvenientes. Lo positivo era que la familia resultaba beneficiada con una beca total o parcial que aliviaba la endeble economía de la época y el niño se sentía orgulloso al destacar entre sus compañeros, pero esto precisamente podía volverse en contra, en especial si su constitución física no le permitía repeler las pullas y ataques que recibía por ser un empollón.



LIBROS DE TEXTO Y SU CONTEXTO



Al acabar la Guerra Civil y hasta finales de la década de 1960, en todas las escuelas, al principio, y solo en las más recalcitrantes, al final, se subía y bajaba formalmente la bandera con los alumnos formados en el patio cantando el «Cara al sol». Los libros de texto estaban en consonancia con esos rituales: todos contenían consignas patrióticas y religiosas, enaltecían hasta el delirio la figura de Franco, propugnaban una moral trasnochada y unos valores éticos muy cuestionables, sin olvidar las consignas racistas y el menosprecio a la mujer.

Era obligada la memorización de determinados poemas épicos para recitarlos en ocasiones especiales. La gesta del Alcázar de Toledo era uno de los preferidos, por su carácter dramático y por ejemplarizar el supremo sacrificio por la patria.

La lectura de algunos textos produce intenso sonrojo. En este manuscrito, de difícil lectura, se explica a los escolares la clasificación de las razas: dice que «es innegable que la entidad moral de los individuos y la capacidad intelectual varía grandemente según las razas». También alaba «el tipo acabado de la belleza femenina» que otorga a la Circasiana, aunque añade: «es también entre los berberiscos donde se hallan perfiles masculinos enérgicos de una belleza y de una corrección que bien pudieran competir con los modelos inmortales de Fidias». Da que pensar.

En general, todo se aprendía de memoria sin conceder demasiada importancia a la comprensión del texto, en ocasiones tan rebuscado en las palabras y en los giros que ni el profesor lo habría podido aclarar.



Las lecturas patrióticas abundan en todos los libros. Incluso algunos están dedicados exclusivamente a este tema, narrando con detalle las atrocidades cometidas por los rojos y los judíos contra los verdaderos españoles.

En uno de ellos podemos leer una oda titulada «Después del recreo», que pone los pelos de punta:

*Los niños han terminado sus juegos.
Ni voces ni chillidos en el patio.
Gran silencio.
Alineados, los muchachos entonan algunos himnos patrióticos.
Después, Roberto Holmedo, el mayor de todos, lee en voz alta los nombres de los caídos por Dios y por la Patria.
-José Cavo Sotelo...
-¡Presente!...
-General Sanjurjo...
-¡Presente!...
-José A. Primo de Rivera...
-¡Presente!...
-General Mola...
-¡Presente!...*

En algunos libros era habitual, sobre todo entre las niñas, escribir la jaculatoria «Virgen Santa, Virgen Pura, haced que apruebe esta asignatura». No siempre funcionaba, pero dicen que la fe mueve aprobados.



Durante un largo periodo, la *Enciclopedia Álvarez*, obra de Antonio Álvarez Pérez, se convirtió en un libro de texto clásico con sus abundantes ilustraciones y explicaciones sencillas, eso sí, dentro de los cánones del Régimen. «Solo se sabe lo que se recuerda, y para recordar hay que aprender de memoria», advierte el autor. También añade sin rubor que «España es una de las naciones que más han contribuido a la civilización del mundo y que mayor influencia han tenido en la Historia Universal».



Los secantes eran de gran utilidad para fabricar proyectiles que, convenientemente entintados, se lanzaban al cogote del empollón de la clase.

LA CLASE

El aspecto de la clase variaba mucho si se trataba de una escuela de ciudad o una rural y si era pública o privada; sin embargo, al acabar la guerra todas tenían algo en común, pues era obligatorio que en la pared frontal, donde estaba la pizarra y convergían las miradas de los alumnos, estuvieran colgados por este orden de preferencia: un retrato de Franco, un crucifijo y un retrato de José Antonio Primo de Rivera. Así, durante las aletargantes horas vacías de tantas y tantas clases y durante tantos años, las miradas de los tres nos observaban con severidad recordándonos cuál era nuestro deber.

Los pupitres, de madera primero y de formica mucho más tarde, solían ser como un cajón levemente inclinado, con una tapa que permitía acceder al interior para guardar los libros y demás artículos. Antes de levantar la tapa había que quitar todo lo que estaba encima, lo que resultaba poco discreto en medio de la clase cuando se requería la presencia de algún objeto personal para mitigar la modorra provocada por la explicación aburrida de un profesor no menos hastiado. Con los pupitres fijos que tenían un estante debajo, la cosa era más fácil; pero, en cambio, era muy indiscreto guardar algo en ellos, porque quedaba a la vista de todos.

Muchos pupitres tenían un agujero en el que se encastraba un tintero. Los cuadernos de caligrafía estaban de moda y aprender el trazo para tener una buena escritura formaba parte del acervo educativo. Las plumillas encajaban en un palillero de madera rústica pintada de colores vivos. No solo servían para escribir, su utilidad instrumental para surcar las vetas de la madera del pupitre y moldearlo grabando nuestras iniciales por doquier era inestimable. Su aspecto agresivo también tenía ventajas a la hora de defenderse del abuso o del agravio de algún compañero, incluso como diversión, pinchando, por debajo de la mesa, la pierna del que se sentaba delante y disfrutando con disimulo de la reacción —¡habrá sido una avispa!— ante el sobresalto del alumno, primero, y del profesor, después del grito.

El papel secante también tenía sus utilidades extraescolares: convenientemente apelmazado como una bolita, era sumergido en el tintero y lanzado con una goma elástica al cogote del empollón de la primera fila. Era arriesgado, porque, si fallabas, podía alcanzar de lleno al profesor, momentáneamente abstraído con la indecisión de poner el uno o el dos en el encuentro más problemático de la quiniela.

El horario escolar también variaba entre el campo y la ciudad, entre otras cosas porque algunos pueblos carecían de escuela y había que llevar a los niños, cuando las faenas del campo lo permitían, hasta el pueblo más cercano. Los niños iban a pie, en bicicleta o en burro; más tarde, en algunas zonas, se creó un servicio de autocares para recoger a los niños. Por la mañana se entraba a las nueve y se salía a las doce. Por la tarde se empezaba a las tres y se concluía a las seis. El sábado por la mañana también había clases. Los niños de Franco estábamos muy ocupados.

Por fin llegaban los exámenes de fin de curso, los parciales fueron un invento tardío. Un niño español se lo tenía que jugar todo a una carta, y ahí no había distinción de sexos.

El diseño de chuletas era un arte que muchos practicaban con un ingenio y un esfuerzo probablemente superiores a los necesarios para estudiar la asignatura en cuestión, pero ¿y la emoción del riesgo?, ¿y el placer del engaño? Desde inventar alfabetos con exóticos signos y dejar las anotaciones a la vista como si fueran garabatos realizados

para calmar los nervios, hasta insertar mecanismos con complejas tensiones de gomas elásticas que solían fallar en el momento oportuno... o simples notas de papel en lugares de la anatomía poco visibles.

Era fácil que te pillaran, pero hay que pensar que los maestros cobraban poco y tenían mucha responsabilidad, así que muchos no ponían el empeño necesario para descubrir a los copiones. Y, como la mayoría de los temas estaba basada en la pura memoria, se incrementaba el número de estudiantes que pasaban el examen sin saber nada. El desarrollo de la picaresca es uno de los mayores logros del sistema educativo español.

EL RECREO

El sonido del timbre o de la campana quedaba ahogado por el atronador rugido de una masa de niños que se levantaban precipitadamente del pupitre para dirigirse al patio de la escuela: ¡era el tiempo de recreo! El profesor, tan hastiado como nosotros, protestaba de oficio, pero conducía presuroso el rebaño hacia la zona descubierta del patio y allí se desentendía de su entorno mientras fumaba un cigarrillo y entablaba conversación con la joven maestra hija del propietario de la escuela. ¡Quién sabe si saldría algo!

El bocadillo de turno se consumía a grandes bocados mientras se comparaba con los de los otros compañeros de clase. Se contrastaba calidad, cantidad, variedad y exotismo; a veces se intercambiaban mordiscos e incluso el bocadillo entero, mamá no se iba a enterar. Algunos traían tres tristes galletas y parecían depauperados, decían no tener hambre y se preparaban para ser anoréxicos, pero como en aquella época era una enfermedad que aún



El pupitre que te tocaba se consideraba como un mueble en propiedad, por lo que era lógico marcarlo con nuestras iniciales con la recién estrenada plumilla.



Los ejercicios en las estructuras de hierro servían para relajar la tensión acumulada en la clase y también para lucirse un poco.



no se diagnosticaba, era como si no existiera. Había que comer rápido para incorporarse a los juegos de equipo y no quedar fuera. Uno de los preferidos era el «Churro, mediamanga, mangotero», que aunque se llamaba de diversas maneras según la región, «Burrro», «Pídola», «Chorromorro», «Cavall fort», las reglas eran las mismas en todas partes. Se formaban dos equipos y uno de ellos se alineaba agachándose de modo que la cabeza de uno quedase aprisionada entre las piernas del de delante... y así hasta el primero de la fila, que se apoyaba con fuerza en una pared. Uno a uno, los miembros del equipo contrario tomaban carrerilla y saltaban sobre la fila de los agachados intentando llegar lo más lejos posible. Cuando todos estaban a lomos del equipo contrario, el capitán de los que cabalgaban cantaba: «Churro, mediamanga, mangotero. Adivina lo que es»; y mientras, se señalaba con una mano el antebrazo, el codo o la otra mano, según fuera churro, mediamanga o mangotero. Un árbitro era testigo de que no se cambiara la posición de la mano según fuera la respuesta del equipo que estaba soportando el peso de los rivales en sus espaldas. No siempre era imparcial, porque a veces se le descubría haciendo señas mal disimuladas al capitán del equipo contrario para indicarle la respuesta correcta y conseguir como premio aquel cromó que le faltaba. Si acertaban, cambiaban el turno; si no, seguían soportando el impacto brutal en la columna vertebral del compañero que saltaba con saña, ya que, si conseguía derrumbarlo con el peso, también ganaba.

En el patio siempre había un abusón: Por lo general se trataba de un niño más desarrollado físicamente, pero a veces era uno mayor y que había repetido curso, lo que solía llevarle a expresar su rencor con los que consideraba más empollones, pues ponían en evidencia su torpeza mental. Eran verdaderos torturadores y no pocos de ellos se refugiaban en las filas del Frente de Juventudes, primero, y de la OJE, después, para disimular su frustración y su ira en el ardor de una santa cruzada política. Ni los profesores se atrevían con ellos, así que llevaban a cabo maldades con gran impunidad.

Según el espacio disponible, se improvisaban partidos de fútbol, para los que el capitán de cada equipo seleccionaba rigurosamente a los componentes; los gorditos y enclenques quedaban marginados y los que demostraban su poca pericia a la hora de robar la pelota al

contrario o de marcar goles lo tenían mal para la siguiente selección, a menos que hubiera bajas insustituibles. Era fundamental que la pelota no sobrepasara los límites del muro del patio, porque eso significaba su pérdida irremediable. Los vecinos, hartos del jaleo diario, coleccionaban toda clase de artilugios, en especial pelotas que caían a su lado del muro. Siempre me he preguntado qué harían con ellos.

En el patio, la marginación de algunos niños resultaba más evidente. Eran víctimas de las burlas de los demás, que se ensañaban con ellos a causa de su aspecto físico, su torpeza, su condición social, su timidez... Por cualquier diferencia que sirviera al colectivo torturador para sentirse superior y así mitigar el complejo que sentían. Como la mayoría de los españoles, por el hecho de serlo, bajo una dictadura.

Este juego de habilidad para colocar la bolita en pleno centro de Madrid era un recurso de bolsillo para jugar en el recreo. Pero, si jugabas en clase, tenías la excusa perfecta: «Señorita, que no estaba jugando, que me estaba repasando los ríos de España».



POEMAS DE MEMORIA

Un fragmento de *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, que se convirtió en uno de los preferidos de los maestros a la hora de hacer dictados, se ponía como ejemplo de la humildad que exigían la sociedad, la Iglesia y la política, y que un niño debía mostrar en todo momento. De tan repetido, quedó grabado en la memoria de muchos de nosotros.

<i>Cuentan de un sabio que un día</i>	<i>más pobre y triste que yo?;</i>
<i>tan pobre y mísero estaba,</i>	<i>y cuando el rostro volvió</i>
<i>que solo se sustentaba</i>	<i>halló la respuesta, viendo</i>
<i>de unas hierbas que cogía.</i>	<i>que otro sabio iba cogiendo</i>
<i>¿Habrá otro, entre sí decía,</i>	<i>las hierbas que él arrojó.</i>

En los libros escolares destacaba la poesía épica, y los profesores se emocionaban con el *Cantar de Mio Cid*, que a nosotros nos dejaba indiferentes y nos aburría soberanamente. Además, la mitad de las palabras no se entendían.

Las palabras y frases en castellano antiguo y totalmente en desuso se utilizaban para demostrar la superioridad en el acervo cultural. También servían el latín y los latinajos. Cuando un niño repipi soltaba alguna expresión de tal índole ante las visitas, los padres se emocionaban y consideraban que su vástago bien valía el sacrificio de un colegio de pago.

Al llegar a adulto, algunos latinajos, frecuentemente mal usados, sirven para recordar que la tontería no siempre desaparece con la edad.

Sic transit gloria mundi; Verba volant, scripta manent; Quid pro quo; Non plus ultra; Modus operandi; Mutatis mutandis; Excusatio non petita, accusatio manifesta; Errare humanum est; Alea jacta est y tantas otras expresiones y citas sirvieron a los maestros para desconcertar a sus alumnos y a los alumnos para mostrar su superioridad frente a los más pequeños. Alguna como *Ecce homo*, atribuida a Poncio Pilato al ver a Jesucristo, pasó a definir a

Con el catón y los cuadernos de caligrafía se aprendía a leer y a escribir. Sus autores creaban frases apropiadas para utilizar determinadas sílabas o letras, a veces con un significado surrealista o una interpretación ambigua: «la nena no leía y bailaba», «yo meneaba la mano» o «tío ata tu titi». En los cuadernos de caligrafía aparecían inesperados nombres de potenciales personajes de novela: Quintín Remigio Requena, Fermín Grecia Gumersindo o Teresa Úrsula Urbano Verín.



alguien maltrecho y sufriente. ¡Estás hecho un *ecce homo*! Y otras como *Dura lex sed lex* recordaban la nueva vajilla llegada de Francia de vidrio prácticamente irrompible, el Duralex. Lo de *sed lex* sería por los vasos... Claro que siempre quedaba el latinajo inventado, como lo de «*mortus es qui non respiram*».

Para demostrar un pleno dominio del lenguaje, aprendíamos expresiones complicadas y una vuelta de tuerca a un conocido refrán popular podía dejar boquiabiertos a próximos y extraños: «A vocablos emitidos por laringes deficientes, trompas de Eustaquio en estado de latencia».

Todo estaba relacionado con un sistema de enseñanza basado en la memorización y en la adquisición de un barniz cultural poco comprometedor, que pretendía que el niño no profundizara en otras cuestiones que no fueran las religiosas y castigaba cualquier atisbo de libertad de expresión. Claro que, en esto último, tanto daba que fueras niño o adulto.

Una estrofa de un poema de Ramón de Campoamor, que figuraba en muchos libros de texto, se tradujo en una filosofía vital entre los niños y ha pervivido por su lucidez hasta la madurez: «En este mundo traidor / nada es verdad ni mentira, / todo es según el color / del cristal con que se mira». Por probar que no quede. Con alambres fabricábamos unas precarias gafas a las que calzábamos celofán de diversos colores. La vida no se volvía de color de rosa, ni nos excitaba verlo todo de color rojo. De azul ya había bastante en el entorno.

Sin embargo, la *Canción del pirata*, de Espronceda, abría mundos insospechados de aventuras (desde la poesía! Nos gustaba memorizarla para interpretarla con grandes gesticulaciones y prosopopeya en los eventos familiares; incluso podía generar suculentas propinas del entregado público asistente.

<i>Con diez cañones por banda,</i>	<i>en todo mar conocido</i>	<i>olas de plata y azul;</i>
<i>viento en popa, a toda vela,</i>	<i>del uno al otro confín.</i>	<i>y ve el capitán pirata,</i>
<i>no corta el mar, sino vuela,</i>		<i>cantando alegre en la popa,</i>
<i>un velero bergantín.</i>	<i>La luna en el mar riela,</i>	<i>Asia a un lado, al otro Europa,</i>
<i>Bajel pirata que llaman,</i>	<i>en la lona gime el viento</i>	<i>y allá a su frente Estambul.</i>
<i>por su bravura, El Temido,</i>	<i>y alza en blando movimiento</i>	

Los escolares más emprendedores no desperdiciaban su tiempo memorizando: captaban la esencia del poema e improvisaban. Un compañero de clase, en lugar de «Bajel pirata que llaman», golpeaba la mesa con los nudillos y bramaba «¡Baje el pirata, que llaman!»

A partir de este punto solía fallar la memoria, pero el aplauso estaba ya garantizado y los asistentes lo prodigaban para acortar el suplicio. Solo se permitía añadir la última estrofa:

<i>Que es mi barco mi tesoro,</i>	<i>mi ley, la fuerza y el viento;</i>
<i>que es mi dios la libertad;</i>	<i>mi única patria, la mar.</i>

Uno de los textos que solía gustar solo a niños raritos era *Platero y yo*. Como Juan Ramón Jiménez prologó el libro con el título «Advertencia a los hombres que lean este libro para niños», se dio por sentado que era una narración infantil y se prodigó en las escuelas la historia del burro Platero, que era sospechosamente ambiguo.

Deshecho el error por el autor, que afirmaba que nunca escribía expresamente para

niños porque los niños podían leer cualquier cosa, el texto les siguió pareciendo a los maestros una joya literaria de la que los educandos no debían prescindir. Después de todo, teníamos pocos premios Nobel en nuestro haber y había que sacar partido.

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro. Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: ¿Platero?, y viene a mí con un trotacillo alegre, que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

En los libros de lectura, los textos estaban cuidadosamente seleccionados por su moralidad y por las afinidades políticas de sus autores. El melodrama y el teatro clásico, especialmente los autos sacramentales, que tanto gustaban a Franco (junto a Millán-Astray llegó a protagonizar una obrita de teatro), abundaban como citas literarias y fragmentos escogidos.

El que se llevaba la palma en cuanto a presencia y contundencia textual en los libros de texto era José María Pemán. El poeta del Régimen, que se definía como «mitad poeta, mitad monje», es el autor de la letra del himno de España, en la que se adecuaron algunas estrofas para mayor gloria fascista.

<i>¡Viva España!</i>	<i>Gloria a la Patria</i>	<i>¡Triunfa, España!</i>	<i>Juntos con ellos</i>
<i>Alzad los brazos</i>	<i>que supo seguir</i>	<i>Los yunques y las flechas</i>	<i>cantemos de pie</i>
<i>hijos del pueblo español</i>	<i>sobre el azul del mar</i>	<i>canten al compás</i>	<i>la vida nueva y fuerte</i>
<i>que vuelve a resurgir.</i>	<i>el caminar del sol.</i>	<i>del himno de la fe.</i>	<i>del trabajo y paz.</i>

Aunque no era oficial, fue bastante popular en su momento. Algunos niños tuvieron que aprenderlo y fueron obligados a cantarlo al iniciar las clases en su colegio.

Pemán escribió *La historia de España contada con sencillez*, en cuyo prólogo declaraba haber «procurado sobreexcitar y utilizar esa gran fuerza infantil, hasta ahora tan desaprovechada en España, que es el entusiasmo y la facilidad para tomar partido». El libro estaba dedicado «Al generalísimo Franco, entregándole esta historia sencilla y aniñada», y le dedicaba un sentido soneto:

<i>A ti, Francisco Franco, a ti el primero</i>	<i>....</i>
<i>de los soldados de la España nueva,</i>	<i>Los dos hemos cumplido nuestra hazaña.</i>
<i>doy este libro que en sus hojas lleva</i>	<i>Tú por amor a España, eres Caudillo...</i>
<i>sabores de naranjo y limonero.</i>	<i>¡Yo me hice niño por amor de España!</i>

No es de extrañar que los niños de Franco quedáramos marcados por tamaña adhesión al Caudillo y tratáramos de ser «mitad niño, mitad monje», unos; «mitad niño, mitad soldado», otros; y «mitad y mitad», la mayoría.



La lectura de textos literarios seleccionados producía resultados sorprendentes en las redacciones cuando el niño trataba de disimular sus escasos conocimientos sobre el tema propuesto usando frases grandilocuentes y generalmente confusas. Con ellas se ha publicado un libro de éxito.

EL PROBLEMA DE LAS MATEMÁTICAS



Las mates solía ser la asignatura más difícil para un niño, y no siempre la capacidad del profesor facilitaba la comprensión del problema o de la teoría.

Todo empezaba con las tablas de multiplicar. Se recitaban una y otra vez, como una letanía, e incluso se cantaban. Lo que hiciera falta, con tal de responder de modo automático a una pregunta tan capciosa como «¿nueve por siete?». Se fabricaban lápices con las tablas impresas, seguramente propaganda de alguna óptica, y bolígrafos cuyo tronco estaba dividido en cilindros móviles que giraban para dar el resultado de una multiplicación. Se lanzó hasta un disco con un tema destinado a aprender la tabla de multiplicar, aunque no creo que alcanzara un lugar muy alto en la lista de éxitos. Una vez supuestamente adquirido el co-

nocimiento cabalístico de las tablas, se pasaba a resolver problemas que se planteaban en escenarios que íbamos a encontrar en la vida real y que requerían del uso de las matemáticas.

Lo cierto es que algunos problemas exponían situaciones poco realistas e incluso inquietantes, y todo para añadir un poco de dramatismo a la pura operación matemática. Nos preguntábamos el sentido de resolver una cuestión que, de entrada, carecía de interés o parecía una adivinanza cuyo resultado sería previsiblemente aburrido.

Con los años, el cálculo del consumo del gas y de la electricidad en las facturas ha sustituido con creces los problemas de matemáticas de nuestra infancia; siguen estando mal planteados y son de difícil resolución.



Como aún no han estudiado las fracciones, Juan y Andrés lo tienen difícil. Además, de fraternal, nada. La cosa acaba mal. Suerte que el árbol estaba abandonado y no han tenido que sumar el número de perdigones que les habría disparado el dueño en las nalgas. Peor será cuando A tenga que llegar a un acuerdo en el reparto de tierras con E. El recuadro sin letra es para Hacienda.

41. Propiedad fundamental de las fracciones.

Si a los dos términos de una fracción se los multiplica o divide por el mismo número, la fracción obtenida es equivalente.

En efecto, si Luis ha recibido $\frac{1}{4}$ de una tarta y Margarita $\frac{2}{8}$ de la misma tarta, los dos han recibido la misma cantidad de tarta. O sea

$$\frac{1}{4} = \frac{1 \cdot 2}{4 \cdot 2} = \frac{2}{8}$$



La repipi niña que fracciona y reparte la tarta está satisfecha por ser tan equitativa, pero ¡con humildad, sin que se note! El niño opina que «es igual, pero no es lo mismo».

139. Se conoce una de las partes. — EJEMPLO. — Un padre ha repartido entre sus tres hijos un número N de pesetas en partes proporcionales a 3, $\frac{2}{3}$ y $1\frac{5}{6}$. Sabiendo que la parte del segundo es 48 pesetas, ¿cuáles son las otras partes y el número N?

Los números 3, $\frac{2}{3}$ y $1\frac{5}{6}$ son equivalentes a $\frac{18}{6}$, $\frac{4}{6}$ y $\frac{11}{6}$.



Parecería que el que trinca las 48 pesetas sin más es el afortunado..., pues no. En realidad, es el que menos recibe. Pero para llegar a esta conclusión el sádico padre ha entretenido a sus hijos toda una tarde. Claro que, si se trataba de una herencia, el dramatismo de la situación alteraba el resultado. No es como el orden de los factores.